

REPUBLICA DE CHILE
MINISTERIO DE EDUCACION
CENTRO DE PERFECCIONAMIENTO, EXPERIMENTACION
E INVESTIGACIONES PEDAGOGICAS

24 ABO. 1977



**calidad
de
una
historia**

Prof.
GIO VILLALOBOS

Serie LUMEN TERRAE
LO BARNECHEA, MAYO 1977

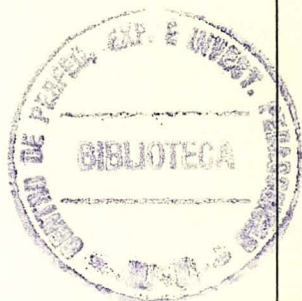
1

B/MOC
MEX 13242 ✓

93:37

V714

Prof. SERGIO VILLALOBOS



calidad de una historia

Meditación de Mayo

36612

24/8/1977. - ENVÍO: SUPERINTENDENTE DE EDUCACIÓN.

010428

LUMEN TERRAE

La luz ha sido hecha para iluminar la Tierra.

Y está bien hecha.

Todo hombre y toda comunidad humana tienen su luz; la del espíritu que alienta en ellos. Y es esta luz del espíritu la que ilumina el andar histórico del hombre sobre la tierra.

Es una luz que presta un servicio a quien la irradia y a quien la recibe. Este dar y recibir, que es un recibir y un dar, al mismo tiempo, va amarrando en la solidaridad a todo el hombre y a todos los hombres.

Esta luz es la raíz de la fraternidad humana.

Ella se expresa en el servicio que prestamos a los demás y en el que recibimos de todos.

Nuestro Centro de Perfeccionamiento, es, en esencia, una comunidad de servicio a la educación chilena. Queremos ser, con humildad y dignidad, a la vez, un poco luz, para todos, gracias a la que nos entregan, día a día, aquéllos a quienes anhelamos servir: los maestros de Chile, los niños y la juventud de Chile.

Esta luz nuestra y de todos se fortalece con lo que llamamos vida académica. Es vida del Espíritu. Es la aventura de querer penetrar en lo que fuimos, en lo que somos y en lo que soñamos ser como personas, como comunidad, como Patria.

Y este ser enraizado en nuestro pasado y este querer ser inserto en el Proyecto Histórico de la Nación Chilena deseamos participarlo.

Por eso, esta nueva serie de publicaciones - LUMEN TERRAE - que abrimos hoy con este apartado, expresión de una clase magistral del catedrático universitario y académico del Centro, Profesor Don Sergio Villalobos. Exposición magistral realizada durante el acto académico con el cual nuestro Centro tributó su homenaje a las Glorias Navales el 21 de Mayo recién pasado.

Fue un homenaje a Prat y los suyos, luz, ellos y él, de nuestra Historia.

Prof. ANTONIO CARKOVIC ETEROVIC
Director

CALIDAD DE UNA HISTORIA

MEDITACION DE MAYO

Señor Director, señores profesores, colegas y amigos.

Hemos suspendido brevemente nuestro quehacer diario para recordar juntos el 21 de Mayo de 1879, un hecho que la nación recuerda año tras año y considera como una de sus glorias más notables. Un acontecimiento de esta índole, aunque es un hecho bélico, es representativo de toda la historia de una nación, porque, en los momentos cumbres, son todas las potencialidades desarrolladas por una nacionalidad las que entran en juego.

Desde el punto de vista de la Historia, ciencia que busca la verdad, el acontecimiento fugaz de un día y todo lo que ocurre en el corto tiempo histórico, pareciera no tener gran significado en sí mismo, sino en cuanto es representativo de toda una trayectoria.

La Historia al buscar la verdad no se detiene ante nada. Con un sentido moderno, es una disciplina que sistematiza el pasado, lo medita, lo interpreta y con su aporte enriquece nuestra visión personal como individuos y también como nación.

Ese sentido es lo que queremos buscar hoy día en el Combate Naval de Iquique. No nos interesa tanto recordar por enésima vez los hechos precisos, concretos, sino encontrar el significado que tiene aquel hecho de armas como resultado de la historia de una nación.

Deseamos saber quiénes eran los hombres que se encontraban allí o, mejor dicho, cómo eran aquellos hombres. Queremos buscar la raigambre de ellos, porque eso es lo que hoy parece más significativo. Está en juego, naturalmente, el concepto de héroe. ¿Quién es el héroe? ¿El héroe es un hombre de atributos especiales que parece predestinado? ¿Es el resultado de una actitud de la voluntad y de la mente o son las circunstancias las que lo hacen surgir? ¿En cada uno hay la posibilidad de un héroe o solamente en algunos?

Todas estas son interrogantes que no se pueden responder con exactitud. Pero tratemos de interpretar los sucesos de la rada de Iquique dentro de la globalidad de la Historia de Chile, porque en la historia no hay hechos aislados que surgen súbita y espontáneamente, sino que son la resultante del acontecer general, silencioso y anónimo que conforma los grandes procesos que vive una nación.

Arturo Prat, el de rostro sereno y barba mesurada, se nos presenta como el gran héroe naval y junto a él toda esa pléyade de hombres que tripulaban aquellos barcos miserables.

El origen de Prat es relativamente modesto. Provenía de la clase media que al promediar el siglo pasado se encontraba en etapa de tímida forma-

ción. Su padre, don Agustín Prat, era un comerciante de vida desafortunada, agricultor de circunstancia, que debió sufrir en su existencia graves problemas: la ruina de sus negocios y una enfermedad dolorosa que le dejó casi completamente inválido, fuera de otros percances que amargaron su existencia.

La postración del padre obligó a la madre, doña Rosario Chacón, a tomar la responsabilidad de la familia.

Arturo Prat nació cuando el otoño de 1848 invadía las tierras agrícolas de la región de Ñuble, en la hacienda de San Agustín de Puñual, cercanías de Ninhue. La madre, mujer de carácter definido, voluntariosa, inteligente, constante, adornada de todas las virtudes morales de las antiguas matronas chilenas, fue la verdadera formadora del niño. Ella debió atender a la educación de sus hijos, al trabajo del campo y luego al traslado a la ciudad de Santiago cuando la educación de los niños hizo indispensable la venida a la capital.

Prat vino al mundo como un niño débil, aquejado de problemas físicos y doña Rosario debió cuidarlo solícitamente durante casi ocho años mediante un tratamiento diario que, si no era penoso, constituía una dura rutina.

Ella fue la forjadora del carácter de sus hijos, ella les enseñó la rectitud, el apego a la verdad, la honestidad y, en fin, la actuación dentro de todas las normas éticas.

Siendo muy niño, Arturo Prat fue trasladado a Santiago y colocado en una escuela que dirigía don José Bernardo Suárez, maestro primario que dejó una honda huella en la vida educacional del país. En la escuela, Prat sobresalió desde el primer momento, como lo atestigua su maestro en un halagüeño informe. Dice en él que su capacidad es buena, la aplicación excelente y el carácter inmejorable.

Ahí está bosquejada, en las escuetas palabras del profesor, la personalidad cabal de Prat, que augura ya el día memorable de 1879.

La carrera naval se inicia tempranamente para el muchacho. Apenas ha cumplido los diez años cuando ingresa a la Escuela Naval, que en medio de tropiezos llevaba una vida incierta en un viejo pontón anclado en Valparaíso.

Un daguerrotipo de la época representa al niño con su apoderado, don Jacinto Chacón y con su amigo inseparable de la vida y de la gloria, Luis Uribe. Ahí están los dos, con su cara ingenua y los ojillos vivaces más dispuestos a la travesura que a la frialdad de la disciplina. Ambos aparecen embutidos en sus uniformes, un levitón guarnecidos de botones y de mangas muy largas, igual que los pantalones, hechos para tolerar el crecimiento de los niños. Toda la vestimenta es de género ordinario, propenso a las arrugas aún en la posición firme frente al retratista.

Aquellos rasgos, robados a la intimidad familiar, dejan ver un hecho del mayor significado. Así preparaba Chile a su gente de mar, con modestia y dignidad, porque lo que primaba era la virtud moral y no los bienes materiales.

La vida en la Escuela Naval transcurrió con rapidez; en gran parte se realizaba en ciertas naves que recalaban en los distintos puertos chilenos y así se fue perfilando para Prat la imagen de nuestro litoral y del mismo modo para todos aquellos oficiales que luego aprovecharían el conocimiento del litoral para obtener las mejores ventajas tácticas.

Graduado de oficial, Prat se transforma luego en profesor de la Escuela Naval, demostrando así su preparación y su afición al estudio. Dictó clases sobre la Ordenanza Naval, ramo ligado al Derecho y también el curso más técnico de Cosmografía, que era indispensable en una época en que los puntos geográficos y el rumbo de las naves se fijaban de preferencia indagando en la esfera celeste mediante el uso del sextante.

La carrera naval le lleva a bordo de diferentes naves; pero desde el comienzo el nombre de la Esmeralda se entrecruza repetidamente en su vida. Se encuentra en aquella corbeta con el grado de guardiamarina cuando le toca, en 1865, durante la guerra con España, participar en el combate de Papudo que le valió a Chile la captura de la goleta Covadonga.

La formación de Arturo Prat no concluyó en la Escuela Naval, sino que se prolongó a lo largo de su corta vida a través de su afición al estudio.

El aprendizaje de marino le había apartado del liceo y por esta razón y con el deseo de completar su formación humanística, elevó peticiones al Consejo de Instrucción Pública para que se le permitiese rendir exámenes como estudiante libre. Su solicitud fue aceptada y en cada oportunidad que debió dar exámenes tuvo las mejores calificaciones, sobre todo en sus estudios de filosofía, que merecieron de los maestros los mayores elogios.

Luego de concluido el estudio de las Humanidades se propuso estudiar Derecho. En aquel entonces la enseñanza humanística y la de tipo universitario no estaban totalmente desligadas: en el Instituto Nacional, que aglutinaba parte de ambas esferas educacionales, se realizaban los estudios de Leyes. Arturo Prat los efectuó como pudo, en los momentos en que el servicio naval le dejaba alguna libertad, concurriendo cada cierto tiempo a rendir exámenes hasta alcanzar el grado de licenciado.

Su memoria, titulada **Observaciones a la Ley electoral vigente**, es un estudio analítico del cuerpo legal promulgado en 1874, que los políticos liberales habían impulsado para desterrar los vicios electorales, marginar la influencia del Poder Ejecutivo y dar una participación más efectiva al pueblo en la gestación de los poderes. Al estudiar aquella ley, Prat era guiado por un sentido democrático y la idea básica de que la expresión de la soberanía popular es la única forma legítima del poder. Estudiando la ley, Prat llegaba a la conclusión de que aún cuando representaba un avance notable, todavía

tenía imperfecciones que impedirían que los actos electorales fueran la fiel expresión de la voluntad popular.

Para obtener el título de abogado, Prat debió prestar juramento ante la Corte Suprema, produciéndose en aquella ocasión un hecho muy significativo. El capitán Prat se presenta con su uniforme y la espada de reglamento; pero antes de ingresar a la sala, el ujier que le conduce le señala que debe entregar la espada. No cabe entrar con un símbolo de fuerza al recinto del supremo tribunal judicial del país. Prat no vacila, se desprende del arma y la pasa al ujier.

Es todo un símbolo de respeto al Poder Judicial y a la majestad de la ley.

Prat veía en la cultura intelectual una condición indispensable para el perfeccionamiento humano. Aficionado a la literatura, fue un lector asiduo de novelas y llevado de su gusto por la música se solazaba interpretando las nuevas partituras que llegaban desde Europa. Así lo comunicaba en las tiernas cartas que dirigía a su esposa cuando se encontraba de servicio en puertos distantes.

No estará de más recordar que en la víspera del 21 de mayo, en la cámara de oficiales de la *Esmeralda*, hubo un pequeño concierto en que el guardiamarina Riquelme tocó su violín interpretando diversas melodías sin que nadie presintiese la tragedia que vivirían al día siguiente.

Arturo Prat pensaba en la actividad intelectual no sólo como una preocupación personal y dentro de cierta categoría, sino que estimaba que desde los frutos más modestos debía ser puesta al alcance de todos. Fue por esta razón que, llevado de su generosidad y altruismo, se ofreció gratuitamente para impartir clases en la escuela Benjamín Franklin de Valparaíso, un establecimiento nocturno para personas maduras. En su opinión el pueblo debía ser atendido a través de la educación como una manera de elevarlo en su condición intelectual y moral.

En la vida de hogar fue realmente un modelo: hombre tranquilo, apegado a su familia, formó un hogar respetable con doña Carmela Carvajal, de figura distinguida, facciones agraciadas, y que, igual que su madre, estaba rodeada de las más grandes virtudes morales. En las cartas que dirigió a su esposa está la ternura del enamorado, el cariño por sus pequeños hijos y toda clase de indicaciones domésticas. Una de ellas está llena de recomendaciones sobre los cuidados que debía tener mientras esperaba el primer hijo.

Sin embargo, también el dolor debía asaltar aquel hogar. Aquel primer hijo, que resultó ser una niña, falleció pocos meses después de su nacimiento. Más adelante, otras dos criaturas llenaron la casa con sus juegos y su bullicio.

De los hechos que hemos ido reseñando surge Arturo Prat como un hombre modelo en todo sentido; en el afán de superación física, en el afán de

superación moral, en la solidez de sus principios. en sus aficiones espirituales y en la finura humana de toda su figura. Despojándolo del halo ganado en Iquique, se nos presenta como un hombre corriente aunque realizado por el sentido superior que trató de dar a cada día de su existencia. Nadie hubiese pensado que aquel joven capitán sería un héroe, porque hasta algunos de sus compañeros le miraban mal; el almirante Juan Williams Rebolledo, refiriéndose a él, manifestó en alguna ocasión, con tono despectivo, que no le gustaban los marinos literatos.

El año 1879 trajo la guerra y la escuadra se llenó de afanes ante la necesidad de definir previamente el dominio del mar. Así llegó aquel amanecer de mayo en la rada de Iquique, en que la *Esmeralda* y la *Covadonga*, abandonadas a su suerte, procuraban mantener el bloqueo.

En la bruma matinal, las manchas de humo avizoradas en la lejanía pusieron la duda en el corazón de todos. Pero no cabía engaño, eran los blindados peruanos. Ahí estaba la *Independencia*, el barco más poderoso del Perú y el *Huáscar*, nave sin rostro y de proa aguzada, que escondía bajo el agua su formidable espolón.

¿Qué ocurrió aquel día con los hombres de Prat y Condell? ¿Qué hubo tras sus actitudes?

Debemos pensar los hechos, los pequeños sucesos e interpretar los símbolos que están inmersos en un acontecimiento histórico.

Podríamos decir que toda potencialidad humana fue desplegada aquel día haciendo de la derrota y la muerte una victoria sobresaliente. Se acudió a todos los recursos de la inteligencia, la astucia, el valor y la superación personal hasta la ofrenda de la vida.

Encontramos la inteligencia y la astucia en la táctica desplegada. Prat dispone la separación de las dos naves chilenas para no enfrentar juntas a los blindados, en la esperanza de que una de ellas, la *Covadonga*, pudiese retirarse sin ser alcanzada. Después, maniobra hábilmente interponiéndose entre el *Huáscar* y la población de Iquique, de manera que la nave de Grau no pudiese disparar sin riesgo de hacer impacto sobre el puerto peruano. Esa posición pudo ser sostenida hasta que las fuerzas peruanas de tierra apostaron fusileros y artillería en la playa para disparar sobre la *Esmeralda*. Hubo que cambiar, entonces, de lugar; pero al ponerse en movimiento estalló una de las calderas, dejando un reguero de muertos y heridos y reduciendo el andar de la corbeta a una velocidad mínima.

El estado de la *Esmeralda*, la vieja "Mancarrona" de los marineros, era deplorable. No hacía mucho tiempo que el teniente Uribe, segundo a bordo, había escrito a un amigo: "Nuestra pobre y vieja *Esmeralda* está echando raíces en el fondeadero... Lleva ya puestos en sus calderas ciento cincuenta parches, y cada vez que se dispara un cañón es un parche más. Las costuras se abren, los mamparos gimen, los calderos se rompen y todo el enmaderamiento parece que se lamenta cuando se dispara un tiro a bala. Sin embar-

go, puede aún dejar el pabellón bien puesto”.

En esas circunstancias, no había ninguna esperanza por delante, como todos lo habían comprendido desde un comienzo, y menos ahora con una caldera menos y la proximidad del Huáscar.

La nave peruana tenía una coraza de cuatro pulgadas y media y dos gruesos cañones de trescientas libras en una torre blindada, pudiendo permanecer toda la tripulación bajo protección de acero. Contra ese enemigo, el barco de Prat no podía mas que ofrecer su casco de madera y sus inofensivos cañones de cuarenta libras.

La astucia fue puesta en juego de manera sobresaliente por Carlos Condell, cuya pequeña goleta debía de habérselas con el barco más poderoso del Perú. La táctica de seguir apegados a la línea costera fue muy acertada, aunque muy peligrosa, pero todo era peligroso en esos momentos. Con aquel sistema, pasando sobre aguas muy bajas y rozando el escollo de las rocas, la Independencia no podía atacar con el espolón.

El principal cañón del blindado peruano, una “coliza” de ciento cincuenta libras, situado a proa, no pudo ser utilizado porque Condell encontró manera de neutralizarlo: dispuso que varios marineros armados de fusiles se apostasen en la popa y las cofas de la Covadonga, disparando sobre los artilleros que intentasen llegar hasta la torre del temido cañón.

A la altura de Punta Gruesa la táctica de Condell dió el resultado esperado. La Covadonga rozó el fondo de rocas, crujieron las maderas, y en ese instante Condell comprendió que la nave enemiga encallarfa.

A bordo de la Independencia se han hecho los preparativos para atacar con el espolón. La tripulación, tendida en el suelo espera el choque. El barco se estremece entero y cuando la marinería se levanta gritando de júbilo, pensando que han embestido a la huidiza goleta, el más cruel desengaño cae sobre ellos. La Independencia ha destrozado su casco en las rocas sumergidas y en lugar del espolonazo, lo que se ha sentido ha sido un estremecimiento de muerte. El blindado comienza a escorarse de babor, está definitivamente perdido.

Un barquichuelo insignificante ha vencido al poderoso leviatán: es el triunfo de la astucia. Mientras tanto, en la rada del guano y del salitre, el drama llega al desenlace.

Los minutos de la Esmeralda están contados. Todos sus hombres saben que la lucha es imposible; pero nadie ceja y cada uno está dispuesto a seguir las palabras de su capitán.

En medio de la desesperación y la impotencia va a surgir la solución rayana en la locura. Es la rebeldía ante un destino injusto, es el rencor del fracaso y el ansia de vencer al enemigo y a la muerte, entregándose a ella con frenesí.

En la mente de Arturo Prat la idea del abordaje ha tomado forma definitiva. Es cierto que en días recientes había expresado al almirante Williams Rebolledo que si se presentaba el Huáscar lo abordaría, acaso poco convencido de esa posibilidad; pero ahora ante la cruel realidad, la idea había tomado consistencia.

Era seguro que el blindado atacaría con su espólón y ese sería el momento de lanzarse al abordaje, aunque no se había hecho ningún preparativo.

¿Qué podrían hacer los hombres en la cubierta de la nave enemiga? ¿Acaso trabar los engranajes de la artillería o disparar por las ranuras de la coraza? Es casi seguro que no había una idea definida y que el abordaje fue más bien un impulso de la sangre y la ira para ofender al enemigo con el desprecio.

Aquellos hombres sentían también que sobre ellos había una enorme responsabilidad y un ejemplo que dar a las fuerzas que por mar y tierra continuarían la lucha.

Cuando el sol se acercaba al cenit, la vieja nave, con sus maderos destrozados, la confusión de los aparejos caídos y envuelta por el humo y los gemidos, se sumergía lentamente. Sólo permanecían a la vista la popa y los mástiles, cuando el guardiamarina Riquelme disparó el último cañonazo. Fue un disparo sin dirección, sin un blanco, pero con el deseo frenético de la rebeldía. Era la protesta ante el destino injusto, lanzada al cielo y a la faz de todos los hombres.

La vieja nave se hundió, mientras la bandera, raída y agotada, se arrebujaba entre las aguas.

En todo el ámbito de la bahía reinó el silencio, a bordo del Huáscar y en la playa repleta de curiosos. Sólo el murmullo de la resaca acompañaba el silencio de los espíritus.

El Combate Naval de Iquique significó una victoria material. Chile perdió una corbeta que nada valía, un barco a vapor muy anticuado, que aun desplegaba el velamen y el aparejo complicado de otros tiempos. En cambio, el Perú vio desaparecer la más poderosa de sus naves de guerra. De esta manera, la superioridad de Chile en el mar quedaba bien asentada y era previsible el destino final de la guerra.

Pero, por sobre todo, hubo una gran victoria moral.

El ejemplo de Prat y sus hombres sacudió al país y electrizó a los que marchaban al frente de la lucha. Hasta entonces había habido una gran incertidumbre y ansiedad; pero los hechos de Iquique, a poco más de un mes de iniciada la guerra, trajeron la seguridad e hicieron vislumbrar el desenlace del conflicto.

Un testigo de aquellos días nos ha dejado un vívido recuerdo de lo que

significó el combate de Iquique como paso de la incertidumbre al optimismo eufórico.

“En la noche del 23 de mayo de 1879 -refiere- principió a circular en Santiago, como un rumor, que el gobierno había recibido noticias de la guerra. Ese rumor se confirmaba en noticias; nadie había logrado ni siquiera ver los telegramas que el gobierno mantenía reservados.

“Esa reserva despertaba la sospecha, abría la puerta a todos los temores y se fue produciendo poco a poco una atmósfera de desconfianza, de recelos, de presentimientos informes. El sueño de Santiago fue esa noche inquieto y agitado por una penosa incertidumbre”.

Al día siguiente, relata nuestro testigo, los diarios traían la noticia ambigua del combate, sin que se conociese el desenlace, aunque había motivos para pensar que la Independencia había encallado “El sábado 24 de mayo fue en Santiago un día oscuro, de un frío glacial; una garúa incesante caía sobre la ciudad, envuelta en una neblina densa; No se veían las torres de las iglesias. Todo parecía envuelto en un sudario helado”. Sin embargo “todo el mundo corría a la calle con la avidez de nuevos detalles, de informaciones más completas. Y principiaron las lentas, las largas horas de ese día de angustias... Por todas partes se encontraban corrillos silenciosos en las calles. Se hablaba en voz baja, como en el cuarto de un enfermo. Grandes grupos llenaban la plazuela de la Moneda. Esos grupos se hacían y deshacían en silencio y se renovaban sin cesar. Los hacía la esperanza, los deshacía la impaciencia.

“Cayó la noche y aquella agitación, aquella tortura desesperante, continuaron manteniendo el movimiento en la ciudad consternada”.

Por fin, a las once de la noche, se abrió un balcón en la Moneda y uno de los ministros leyó en voz alta, a la muchedumbre, un nuevo telegrama con la noticia exacta de lo que había ocurrido.

“Una inmensa explosión de entusiasmo -recuerda el testigo- resonó en la plaza: era el desahogo de la angustia que nos había estado oprimiendo, sofocando todo el día.

“En el primer momento la impresión que produjo esa noticia fue desconcertante, fue una impresión de estupor. Era tan violento el contraste entre las sombrías expectativas que dejaban entrever los primeros anuncios del combate y aquella soberana y grandiosa realidad, que dudábamos de lo que habíamos oído y no nos atrevíamos a creerla. Nos parecía un sueño, una visión de delirio, un miraje de la angustia... La pesadilla horrible había concluído. A la helada y lóbrega noche de invierno había sucedido bruscamente una aurora de primavera hermosa y risueña. Cuando temíamos irnos a encontrar con el dolor y la vergüenza de un desastre, nos encontrábamos de improviso en presencia del heroísmo y de la gloria”.

Desde aquel momento la nación marchó con paso seguro hacia la victoria.

¿Por qué se ganó la guerra del Pacífico? ¿Cuáles fueron los factores del triunfo?

En la guerra no triunfa simplemente el heroísmo, la argucia, la estrategia ni las tácticas más o menos bien concebidas. Son las naciones de historia sólida las que se imponen en la lucha. Los países de mentalidad militarista, que viven preparándose para la guerra, son los perdedores, en cambio, siempre vencen los que viven preparándose para la paz.

Los hombres que en Iquique mostraron la superioridad de su espíritu no eran seres aislados que en forma súbita se transmutaron a merced de inspiraciones insondables. Eran parte de una sociedad y de una historia, que los había moldeado y había creado la circunstancia favorable para el triunfo.

Es la historia entera del país la que está presente en el conflicto y determina la victoria.

El pasado de Chile había sido un claro proceso de construcción de una nación.

Había en el país un orden que dimanaba de las pequeñas y de las grandes cosas que caracterizan a una nación. Existía la homogeneidad de la mente y de los cuerpos, un mestizaje de rasgos blancos que no presentaba grandes diferencias a lo largo del territorio; un mismo espíritu y unas mismas costumbres; un sentimiento nacional acrisolado, que traspasaba a todas las clases sociales y que, no obstante las profundas desigualdades, constituía un patrimonio común.

El orden jurídico se había mantenido inalterable y el país, dirigido por grandes figuras de la política, había gozado de una administración sobria y acertada. La modestia en el gasto y la honradez eran proverbiales, no obstante el desenvolvimiento económico alcanzado por el país. Así era la nación que vestía a sus cadetes con géneros ordinarios y cuyos marinos se desprendían de la espada ante la presencia del Derecho.

¡Qué contraste con las naciones adversarias! con aquellos dos países envueltos en el desorden y el cuartelazo, gobernados por caudillos ambiciosos y sojuzgados por la espada.

Hay un hecho significativo que refleja la diferencia. Cuando la noticia del estallido de la guerra llegó a la ciudad de La Paz, el dictador boliviano, general Hilarión Daza, mantuvo en reserva la información durante seis días para que la nación siguiese en el jolgorio del Carnaval, que se celebraba por entonces.

En Chile, la acción gubernativa estuvo señalada por el idealismo de las grandes figuras de la política, como Manuel Montt, Antonio Varas y José Joaquín Pérez. En los comienzos de la Guerra del Pacífico la presidencia estuvo en manos de Aníbal Pinto, que por su carácter moderado parecía el menos indicado para conducir a la nación en esas graves circunstancias. Sin

embargo, desplegó condiciones de carácter, criterio y clarividencia que aseguraron la marcha exitosa del país.

Durante el conflicto la libertad política no sufrió la menor restricción ni tampoco los derechos de los ciudadanos. El Congreso Nacional funcionó regularmente como albergue de las distintas corrientes políticas y su preocupación por la guerra le llevó a ventilar y tratar de influir en la conducción del conflicto. La prensa no fue sometida a ningún control y el año 1881 se realizaron en forma normal las elecciones presidenciales, transfiriéndose el mando de Pinto a Santa María.

Con cuanta razón el presidente Pinto expresó al Congreso que "cuando un pueblo puede, como Chile, emprender y sostener una guerra sin perturbar el orden constitucional, ese pueblo ha conquistado una gloria no menos envidiable que la obtenida por nuestros soldados en el campo de batalla".

En la construcción de la victoria tuvieron un papel notable algunas grandes figuras de la política, como Antonio Varas, Domingo Santa María, Rafael Sotomayor y José Francisco Vergara, que ocuparon cargos gubernativos de gran responsabilidad. Los dos últimos, como ministros de guerra en campaña, compartieron con la oficialidad los sacrificios de la lucha. A ellos se debió la verdadera organización y la representación del gobierno en el teatro bélico. Su esfera de acción abarcó el planeamiento estratégico y no dejaron de participar en acciones tácticas.

No estará de más recordar que por intervención de Sotomayor el capitán Prat fue sacado de un cargo pasivo en Valparaíso para ser destinado a la escuadra.

El triunfo se debió también al soldado chileno, al hombre modesto que masivamente se incorporó a las filas y desplegó su valor en cien batallas. Era un soldado con calidad humana, producto de la historia de la nación.

Traigamos a cuenta el ejemplo de uno de aquellos hombres, Hipólito Gutiérrez, campesino de las tierras sureñas, rudo de cuerpo e imaginativo de espíritu, que apenas sabía leer y escribir y que con ánimo decidido se incorporó a los contingentes que partían al norte.

Fue un hombre de la última fila, sin grado ni calificación especial, que puso en juego durante las campañas una inteligencia, valor y constancia, realmente admirables. Estimulado por los hechos que protagonizó, decidió escribir sus memorias de la guerra, aunque redactaba muy mal y empleaba una puntuación y ortografía caprichosas. Sin embargo, el hecho notable es que haya escrito sus memorias. Ello demuestra que tenía clara conciencia de la importancia de su papel y de que formaba parte de una acción del mayor interés; por eso valía la pena comunicar la experiencia a otros, aunque fuese a tropezones con la pluma.

Gutiérrez comienza su escrito con un exordio de sabor poético popular: "En el nombre sea Dios y del Carmen zoberana pido permiso a mi pecho

para explicar mis campañas por mar, tierra y quebradas, por arenales y pampas”.

Entrando derechamente en materia, prosigue: “Yo, Hipólito Gutierrez, en el mes de setiembre, en el año de 1879, el día 10 de este mes, nos convidamos dos amigos y compadres, vivientes en Colton, subdelegación de Bulnes, jóvenes de un mismo tiempo, vivientes muy vecinos. Nos fuimos para Chillán, a prestar nuestro servicio al gobierno, con nuestro entero gusto, para ir al norte, a Lima, a defender nuestra patria hasta morir o vencer por nuestra bandera chilena. Nos fueron a dejar dos hermanos a Chillán; el uno era hermano de mi compañero y el otro era hermano mío. A la despedida de ellos, con nosotros lloraron al despedirse, diciéndoles del que ya no los iban a ver más, y nosotros como pechugones, les dijimos: - ¡No lloren, hombres, que esperamos en Dios del que hemos de volver a nuestra tierra con vía y salud y los volvamos a ver; nadie muere mientras no se le llegue la hora ni unque andemos dentre las balas! Y se volvieron para sus casas muy consolados y nosotros nos fuimos para el cuartel haublar con el comandante de armas, y haublamos con él y le dijimos que íbamos a prestar nuestro servicio para el norte durante la campaña y los recibí con mucho gusto, y los filiamos... Y los siguieron dando diario todos los días de a veinte centavos. Estuvimos en Chillán hasta el día 22 de octubre, que ese día fue la salida para el norte, como a las seis de la mañana fues la salida, y a la salida del cuartel habían muchísimas mujeres aguaitando sus maridos, sus hermanos o sus hijos para despedirse de ellos, y entre ellas estaba mi madre, y me haubló en voz alta: - ¡Adios, hijito -llorando-, Dios quiera que te vaya bien, que quizás no te veré más! Y le respondí yo sobre marchando: -No llore madre, no se esté quitando la vía por mi, haga cuenta del que tal hijo ha tenido, que yo espero en Dios del que hay de volver; nadie muere mientras no se les llegue la hora. Y no haublé más con mi madre. Y los embarcamos en la máquina con el corazón acongojado y partido de dolor al haber visto a mi madre llorando; pero yo no derramé ninguna lágrima, el corazón duro y hacía pecho ancho, y me llevaba de un consejo, que el hombre que llora sólo se hace desgraciado. Y salió la máquina (tren) con el Batallón Chillán para el norte diciendo ¡Viva Chile! , cantando y bailando de contentos. Nos parecía que íbamos a una fiesta”.

Bien se comprende que con hombres de esta índole no hay guerra que se pierda.

Así, pues, desde el último soldado hasta el primer mandatario, como partes de una nación y de una historia, fueron artífices del éxito. Como bien dijo un pensador, en la lucha se impuso la superioridad de una historia.

Versión magnetofónica de la conferencia dictada por el profesor Sr. Sergio Villalobos R. el 20 de mayo de 1977.



36612

